

ESTE PERIODICO
se publica
LOS DOMINGOS.

PRECIOS

DE LA

SUSCRIPCION:

UN PESO AL MES EN LA HABANA

y 30 rs. ftes.

POR TRIMESTRES ADELANTADOS

EN EL INTERIOR

FRANCO DE PORTE.



LA REDACCION
y Administracion

RICLA, NUM. 88

A DONDE

KK

DIRICIRAN

TODAS LAS COMUNICACIONES

y reclamaciones.

EL NUMERO SUELTO SE VENDE

EN LA ADMINISTRACION

A DOS REALES FTS.

EL MORO MUZA.

PERIODICO ARTISTICO Y LITERARIO,

CARICATURISTA: BAYACETO.

DIRECTOR: J. M. VILLERGAS.

CARICATURISTA: LANDALUZE.

VELISLA.

La época es, en efecto, *trapera* para la literatura, y al decir esto yo, *El Moro Muza*, me acuerdo de un amigo que hace algunos años se indignaba en París contra muchos de los que, empeñados en escribir para el público *invita Minerva*, y no sabiendo agradar al lector, se han propuesto *marerarle*, llamándole la atención hacia mil puntos sucesivamente, que es lo que hace el torero con el toro por medio de la capa, ó *trapo*, cuando quiere ponérle en el caso de no ver lo que le pasa.

Adopto, pues, la imagen de mi citado amigo, y tomando la voz *trapo* en su acepción tauroináquica, digo que, en efecto, para la literatura, la época es altamente *trapera*.

Se me figura, lectores, que la primera cualidad del escritor es la que los frenólogos han designado bajo el nombre de *concentratividad*, entendiéndose por tal, aquella en virtud de la cual puede el que habla ó escribe sobre un tema dado, hacer, por vía de paréntesis, todas las digresiones que conduzcan á ilustrar la cuestión, sin perder nunca esta de vista. Pues bien: ved lo que hacen hoy muchos literatos, particularmente los que escriben parrafitos de dos líneas, de una, de media, y aun de un monosílabo, ó sean los que cultivan el estilo cortado, que es el estilo *trapero* por excelencia, y decidme donde está la concentratividad de esos autores que, no solo hablan en un solo artículo de muchas cosas incoherentes, sino que mal pueden volver al tema sobre que estaban discurriendo, cuando la mayor parte de las veces, como no se han propuesto discurrir, solo tienen un tema, y es el sinónimo de la cólera ó rabia que han tomado contra el buen sentido.

Ahora bien: donde falta la cualidad indicada, puede decirse que falta todo, porque no hay chiste ni erudición que, estando fuera de su lugar, produzcan buen efecto, y cuando faltan la erudición, la chispa, y la concentratividad, como suele acontecer, pues generalmente los literatos *dientes*, los que se dedican al *trapo*, lo hacen porque no tienen otro recurso, resultan menestras en que hay de todo, menos el condimento que el arte aconseja, por cuya razón, cuanto mayor es el número de sustancias que contienen, vienen esas menestras á ser más insustanciales.

Sin embargo, hay siempre honrosas excepciones en todo, y la prueba de ello está en que mientras ha dominado la literatura *trapera*, hemos visto aparecer algunos buenos prosistas, aunque no muchos, que esta clase de excepciones siempre se recomienda principalmente por su escasez, y entre los mejores prosistas modernos figura el ciudadano Velisla, cuyos notables artículos de literatura y costumbres se colecciónaron hace tres años formando un volumen de cerca de 400 páginas que vió la luz bajo el título: *¡SIN NOMBRE!*

Si yo estuviera facultado para decir quién es el tal *Velisla*, lo diría con tanto mayor gusto, cuanto que quisiera comunicar á todo el mundo la estimación en que le tengo; pero, ya que no cuente con facultades para otra cosa, diré que la palabra *Velisla* es un anagrama, tras el cual se oculta el nombre de un ilustre letrado y distinguido orador que fué ministro no ha mucho tiempo, y creo que he dicho lo bastante para que adivinen mis lectores lo que yo no me atrevo á revelarles.

Pero si no me es dado nombrar al autor, su obra me pertenece desde que se dió á luz, no

para apropiármela, sino para juzgarla, y he de copiar algunos trozos de ella en mi periódico, siquiera por contribuir á que el público la conozca. De un aviso haré así dos mandados: proporcionaré á mis apreciables suscriptores amenísima lectura, y pondré de paso en su conocimiento la existencia del libro *¡Sin nombre!*, que, seguramente, habrá tenido poca salida, porque en nuestros días no son los buenos libros los que mas se venden.

Empiezo mi agradable tarea por copiar el artículo titulado: «*El perfecto novelista*,» del cual solo suprimo el proemio, que no tengo por absolutamente preciso. Dice así ese artículo, cuya conclusión se dará en el próximo número de *El Moro Muza*:

EL PERFECTO NOVELISTA.

CAPITULO I.

Lo primero que indudablemente se presenta á la imaginación como fácil al prepararse á escribir una novela, son los retratos ó descripciones de las distintas personas que han de jugar en ella; pero este trabajo se facilita muchísimo si se atiende á que en la materia hay cuatro distintas escuelas, que pueden calificarse con los nombres siguientes:

- 1º Escuela botánica.
- 2º Escuela zoológica.
- 3º Escuela mineralógica.
- 4º Escuela minuciosa.

Pondremos un ejemplo de cada una, expresando á continuación las cualidades y circunstancias mas necesarias para adoptar una de ellas.

Supongamos que se trata de retratar una niña de 16 años, retrato que no falta en ninguna novela escrita por un hombre. Si se dijera que Mariana tiene la tez blanca, los ojos

azules, el pelo rubio, la nariz recta, la boca diminuta, los dientes blancos y menudos, las mejillas sonrosadas, el talle airoso y la cintura esbelta, nadie se entusiasmaría por ella; pero siguiendo el sistema de cualquiera de las enunciadas escuelas, la botánica diría:

Mariana.—Hermosa flor de diez y seis abriles; tiene una tez en que se mezclan el lirio y la rosa, unos labios mas frescos que un clavel rojo humedecido con el rocío de la mañana, unos ojos azules como la *campanula silvestris*, unos dientes mas blancos que la flor del espino, unos cabellos que semejan hilos de azafran, y un talle graciosamente inclinado como el tierno y vigoroso tallo de una pura azucena que se mece agitada por los suspiros del viento.

Advertencia.—Este género se lo aconsejamos á los literatos hijos de jardineros y hortelanos, que pueden hallar en los campos cultivados por sus padres un manantial inagotable de imágenes y comparaciones.

Siguiendo con la explicación comenzada y el ejemplo propuesto, colocamos aquí la escuela zoológica, que concuerda con la anterior y diría:

Mariana.—Ser divino de la creacion: su cabellera tiene los reflejos dorados de la guejea del leon; sus ojos de ardilla, su talle de gacela, su fascinación de serpiente, su canto de ruisenor, forman el encanto de la familia, que no la cambiara por todas las colecciones de fieras de Carter y Van Hamburgh.

Advertencia.—Este género ofrece serias dificultades, que solo es dado vencer á los guardas de la casa de fieras del Retiro.

La escuela mineralógica, ó de pedrería, al hacer el retrato de una niña rubia, diría:

Mariana.—Bello diamante que brilla al resplandor de las fiestas y saraos del gran mundo; tiene dientes de perlas, labios de coral, ojos de zafiros y amatistas, cuello de alabastro, cabellos de oro, y una voz argentina que la asemeja á una sirena encantadora, capaz de hacer olvidar á cualquiera las riquezas y los tesoros de Goleonda y Almaden.

Advertencia.—Esta escuela es sumamente rica en imágenes, y los ingenieros de minas debieran cultivarla con especialidad.

Por último, la escuela minuciosa diría:

Contaba Mariana 16 años, 3 meses, 6 días y 4 minutos; su frente pura se halla surcada por tres ligeras arrugas, que se distinguen perfectamente con el microscopio; sus dorados cabellos esconden tres canas, sus dientes blanquísimos ofrecen una pequeña desigualdad en la última muela de la mandíbula superior, y su tez purísima se halla un tanto desfigurada por un lunar que tiene debajo de la oreja izquierda, del tamaño de la punta de un alfiler.

Advertencia.—Esta escuela, de la que es corífero Balzac, es buena para todos los que tengan excelente vista, é impracticable para los miopes. Para cultivarla con éxito, se necesita un microscópico Stanhope.

Véanse, pues, cuatro notabilísimas escuelas que, diseminadas en los autores, hubieran pasado desapercibidas á los ojos de los

mas estudiosos jóvenes, á no ser por nuestros desvelos y fatigas.

Despues de indicadas estas cuatro escuelas capitales, y las cualidades que se requieren para seguir las, es ya muy fácil hacer el retrato de cualquiera. Decidiéndose por la botánica, se reduce todo á formar un vistoso ramillete de lirios, rosas y amapolas. Prefiriendo la zoológica, basta hojear un breve rato las obras de Buffon para obtener una colección completa de elefantes, búfalos y rinocerontes, capaz de asustar al mismo Cid Campeador. Por último, siguiendo la pedrería, redúcese el trabajo á inspeccionar con detenimiento los escaparates de un joyero amigo, con lo cual el novelista se trae á su casa, por su desgracia solo en la imaginación, una cantidad de zafiros, ópalos, mármoles y rubíes, muy suficiente para hacer un mosaico florentino.

Supuesto que ya hemos tratado del mejor modo de hacer retratos de pluma, aunque esta sea de acero, y sin necesidad de descolgar para ello la de Cide Hamete Benengeli, pasamos á dar algunas reglas generales de composición, no menos aprovechables y beneficiosas para el que no se desdeñe de seguir las. Este otro capítulo, en virtud de los progresos de la lógica moderna, se titulará IV, porque viene despues del I.»

EL MORO MUZA.

ESTO, COMO SE LLAMA.

Mis lectores habrán conocido á mas de cuatro que tengan la muy comun muletilla que he tomado por tema del presente discurso. Pero, ¿por qué he tomado yo ese tema? Lo he tomado, francamente, porque como los sujetos aludidos, que son los que nunca recuerdan á tiempo la palabra que mas necesitan emplear en sus explicaciones, me siento yo precisado á emplear la expresada muletilla, hoy que quiero calificar la guerra de Cuba,

No quiero yo llamarla guerra civil, ni por consiguiente, fraticida, porque no lo es, y no siéndolo, ¿qué nombre deberemos dar á..... esto, cómo se llama?

El caso es que, esto, como se llama, toca á su fin, y un fin para los *mambises* y laborantes parecido al de las cosas que paran en el hospital¹ de Anton Martin, de la Metrópoli, según esta décima que leí hace muchos años en un libro titulado *El poeta y su Compañero*:

Llegan las cosas al fin,
Y si bien no se reparan,
Y son lascivas y paran,
Paran en Anton Martin. (1)
Aquí no se oye un festín;
Todo es ayes y dolor,
Todo hierros y rigor,
Y si alguno se levanta,
Aunque es gallo, ya no canta,
Porque le falta el humor.

La insurrección va concluyendo en punta, como pirámide, y al llegar al *último atún*, es decir, al dar mulé al *último mambí*, podremos decir cuando empezó esto, como se llama,

(1) Es el hospital destinado á las que se han dado en llamar *enfermedades secretas*.

cómo se hizo y el término que tuvo; pero si alguien nos pregunta el nombre que á esto como se llama corresponde, no sabremos qué contestarle.

Chata, en efecto, parece la pregunta y tiene tres pares de narices. Tanto que no nos atreveríamos á contestarla si no lo hicieramos en tono de broma, que es el que en concepto de algunos se presta menos para tratar las cuestiones peliagudas, aunque sobre este particular puede decirse aquello de *grammatici certant*.

¿Es guerra internacional esto, como se llama? Casi, casi, porque, aunque nuestros enemigos se pavonean con la honorífica denominación de *cubanos*, como muchos de ellos son carabalíes ó congos, mejicanos, yankees, venezolanos, franceses, polacos, chinos, co-chinos y cochinchinos, podemos decir que los nacionales, que somos los buenos españoles, insulares y peninsulares, peleamos hoy contra los extranjeros, que en su mayoría lo son nuestros enemigos. Pero por un lado, léjos de haber aquí lucha de *potencia á potencia*, ó de un Estado contra otro Estado, la hay de *potencia á impotencia*, es decir, del heróico pueblo español contra un montón de pillos que no tienen nacionalidad determinada, y por otra parte, los *mambises*, título que comprende á todos esos pillos, han dado tales muestras de no conocer ni por el forro el derecho de gentes, que no deben ser considerados ni aun como extranjeros, sino todo lo mas, y eso haciéndolos mucho favor, como *salvajes*.

¿Es guerra política? Bien quisieran darla hoy los laborantes ese barniz, viniendo ellos á parar de nuevo en reformistas, despues que dijeron que ya era tarde, cuando era demasiado temprano, tras de lo cual, para hacernos comprender las reformas que solicitaban, predicaron el asesinato de las personas indefensas, sin distincion de sexos ni edades, y el incendio de los pueblos, fábricas y cañaverales, al nigromántico grito de ¡viva la libertad!

Tampoco es guerra religiosa, esto, como se llama, á no ser que la quieran dar ese carácter Céspedes, Aguilera y otros presbíteros de la manigua, que sin duda intentan revestirse del sagrado carácter, para imitar en sus ya limitados dominios el gran cisma llamado de Occidente; y no siendo civil, ni internacional, ni política, ni religiosa esta, como se llama, ¿con qué nombre la bautizaremos?

Algo tiene de guerra social; pero así se nombró la que los pueblos aliados de Roma emprendieron en la última centuria anterior á la Era cristiana, precisamente por cuestión de derechos y privilegios, y no quiero yo comparar cosas tan desemejantes.

Habrá, pues, que apelar á un nombre tomado de circunstancias particulares, como se ha hecho en otras ocasiones.

Por ejemplo, llamaronse púnicas las guerras que sostuvieron Roma y Cartago, y tomaron ese nombre á consecuencia de la mala fe, *púnica fides*, que se dice que mostraron siempre los descendientes de Dido. Bien *púnica* es, por cierto, la fe de nuestros enemí-

gos, y por lo tanto estaría justificado el pliego en esta ocasión, sin que pudieran negar lo esos infames escritores que en los periódicos revolucionarios han aconsejado todo género de traiciones y felonías; pero ¿habían de pasar por Aníbales, los que, como hemos dicho en otra ocasión, están pidiendo la *C.* antes de ese ilustre nombre, para ser *Caníbales*?

Guerra de los cien años han llamado los historiadores á las largas luchas que sostuvieron los franceses contra los ingleses en los pasados siglos, y mejor deberían llamar á esa guerra la de los ciento diez y seis años, que fué el tiempo que duró realmente. *Guerra de los treinta años* se tituló la que hicieron los príncipes reformistas contra los católicos, y del mismo modo, ajustando la denominación á la medida del tiempo, se podría nombrar á esto, como se llama, la guerra de los quince ó diez y seis meses, que es lo mas que contará el fenómeno, desde su nacimiento en Yara, hasta su defunción entre Guáimaro y Cascarro. Pero, sobre que los reformistas de hoy no han de cantar la victoria que alcanzaron por fin los luteranos, eso de arreglar los nombres á las edades de las cosas arguye pobreza, y por consiguiente, no nos gusta.

Los franceses han tenido dos guerras de muy extrañas denominaciones. Una se llamó de la *Jacquerie* y otra de la *Honda*, y con ambas tiene esta, como se llama, algunos puntos de contacto. Parécese á la primera en que es la guerra de los perdidos contra las personas bien acomodadas, y á la segunda en que se han *tirado piedras*, y por consecuencia, casi nos daban tentaciones de titular á esto, como se llama, la *Carlos-Manolería*, ó *el ojo del boticario*, que es donde se dice que sientan mejor las pedradas, aunque «con mi licencia lo dudo.»

Pero, ¿Qué diría desde la tumba *Jacques Bonhomme* (ó sea *Santiago Buenhombre*) que fué el que como jefe de los amotinados dió su nombre á la *Jacquerie*, si se viera en parangón con Céspedes? Aquel, aunque solo fuese en el apellido, algo tenía bueno, y este no encierra nada que no está entre lo inmundo y lo deleznable. Ahora bien, si por no ofender á *Jacques Bonhomme* no podemos titular á esto, como se llama, *Cespedería*, ó *Carlos-Manolería*, ¿cómo hemos de parodiar lo de la *Honda*, recordando que en la guerra de este nombre figuraron un Condé, un Turenna y otros distinguidos personajes?

Fuera de toda guasa, esto, como se llama, no tiene nombre, porque el *zurriburri*..... ¡calla! Pues me ha ocurrido en este momento una palabra que no tiene precio para calificar la insurrección cubana.

En efecto, ya por la etimología, pues parece que *rurriburri*, viene de *zurra al burro*, y buena es la *zurra* que á los *burros*, libertadores están sacudiendo nuestros soldados y voluntarios, ya porque esa voz compuesta sirve hoy para designar á la gente despreciable, á eso, como se llama, que los mambises y laborantes han armado en Cuba, se le podría nombrar *El zurriburri*.

No tengo empeño en que así sea. Lo único que yo quiero y sostengo es que esto, como se llama, no es guerra civil.

No es guerra civil, porque los mismos á quienes honrábamos dándoles el título de hermanos han tenido el bárbaro gusto de probar que no lo merecian. No es guerra civil, porque guerras civiles se llaman aquellas en que combaten individuos de una misma nación, por cuestiones de principios, y aun de intereses opuestos, y aquí luchamos los españoles, ó con extranjeros de nacimiento, ó con extranjeros de voluntad, puesto que no quieren ser españoles los mismos que pudieran aspirar á esta honra, sin que la lucha sea de principios, ni aun de intereses, desde el momento en que los traidores y sus mercenarios han tomado el carácter de bandoleros. Téngase, pues, presente, que no concedemos el nombre de guerra civil á esto, como se llama, porque de nuestra razonada negativa hemos de sacar consecuencias que nos darán pie para escribir otro, ú otros artículos.

EL MORO MUZA.

MINUSCULO.

CATECISMO HISTÓRICO DEL SACRISTAN CLARINETE.

UNICA PARTE

que contiene burlescamente la Historia Calasimbo-Profana.

LECCION XIII.

P.—¿Quién libró á los habitantes de Bayamo de la cautividad de Céspedes?

R.—Las tropas del conde de Valmaseda, que con arrojo inaudito llegaron hasta allá, después de forzar el paso del río Cauto, donde perdió un brazo el valiente y buen Guzman el Bueno, digno de su nombre.

P.—¿De qué sirvió que los mambises se mezclaran con toda clase de gentes?

R.—Para dar á conocer al mundo que lo que ellos llaman *cubanos* no son precisamente los nacidos aquí, sino mucho *chino* y mucho *congo* que para el *laborantismo*, que está por la cantidad y no por la calidad, son *cubanos a fortiori*.

P.—Después del rescate, ¿hubo quien pensase en la esclavitud de los mambises?

R.—Nadie, porque todo el que puede presentarse á indulto, deserta de la *manigua socialística*.

P.—¿Se sabe ya quien es Calleja?

R.—Sí, señor, un infame renegado compañero del asesino Villamil.

P.—Y qué reino aguarda á estos y otros compañeros del pseudo-martirologio *calasimbo*?

R.—El círculo de Cain, del cual habla Dante en el infierno de su «Divina Comedia.»

LECCION XIV.

P.—¿Quién fué Herodes en *Cubita libre*?

R.—Mármol, que tiene el alma mas dura que su homónimo.

P.—¿Cuándo habrá de acontecer la venida del Cristo de los filibusteros?

R.—Cuando llegase la expedición de Goiuría.

P.—¿Quién es ese Cristo?

R.—Un indultado del patíbulo por el Gobierno Español, á quien así paga el perdón que le fué concedido.

P.—Referidme su vida y milagros.

R.—En la Habana fué sentenciado, con un tal Gonzalez á morir en garrote vil, y en los momentos de subir al suplicio, el Capitan General conmutó la pena que ambos debían sufrir.

P.—Y luego ¿qué hizo el tal Cristo?

R.—Emigró á los Estados Unidos, y cuando se fundó *El Siglo*, se metió á corresponsal del susodicho diario de la calle de Sta. Clara.

P.—¿Y vendrá ese Cristo?

R.—El lo sabrá; pero que viva seguro, de que si vuelve, la broma le costará un poco cara.

P.—¿Por qué?

R.—Porque no siempre está el Gobierno para otorgar perdones, y seguramente, no habría escape para el hombre que á la nota de traidor une la de desagradecido.

P.—¿Tiene discípulos ese Cristo?

R.—Sí, los Apóstoles del gremio de Goiuría.

P.—¿Qué doctrina predicán?

R.—La infamia, la traición, el saqueo, el incendio, y cogerse hasta el dinero de las expediciones que la credulidad *mambí* les ha confiado, porque hombres como esos son peores amigos que enemigos.

P.—¿Qué remedio hay contra ese Apostolado?

R.—Aplicarles la ley del Talion de que habló el *Occidente*, en expiación moral de los fondos ó boca-abajos que los tales administraban democráticamente á sus esclavos y esclavas.

(Continuará.)

(Es copia.)

MEFISTÓFELES,

PIGRAMAS.

—¿Por qué á cierta *Doña Emilia* Nombran «*C. de Villaverde*»

—Para hacer ver que esa dama

No es tozuda, impertinente.

Pues si el *Villaverde* omite,

Cuando ese nombre leyeres,

Verás bien que, en lo que queda,

Dice: «*Doña Emilia Cede.*»

Al tute, Diego jugó
Con su mujer cierto dia,
Y por una tonteria
Parece que la insultó.

Mostrándose descontenta,

Ella dijo:—«Otra te pego!»

—«Otra? exclamó el pobre Diego,

¡Ya me acusó las cuarenta!»



Bramosio.— Que veis, Sr. Morales?

MORRALES.— Una nube de cañoneras y un diluvio de soldados. Vamos á aconsejar á nuestros hermanos que depongan las armas.

ALDAMA.— ¡ Me opongo !

MORRALES.— ¡ Porqué ?

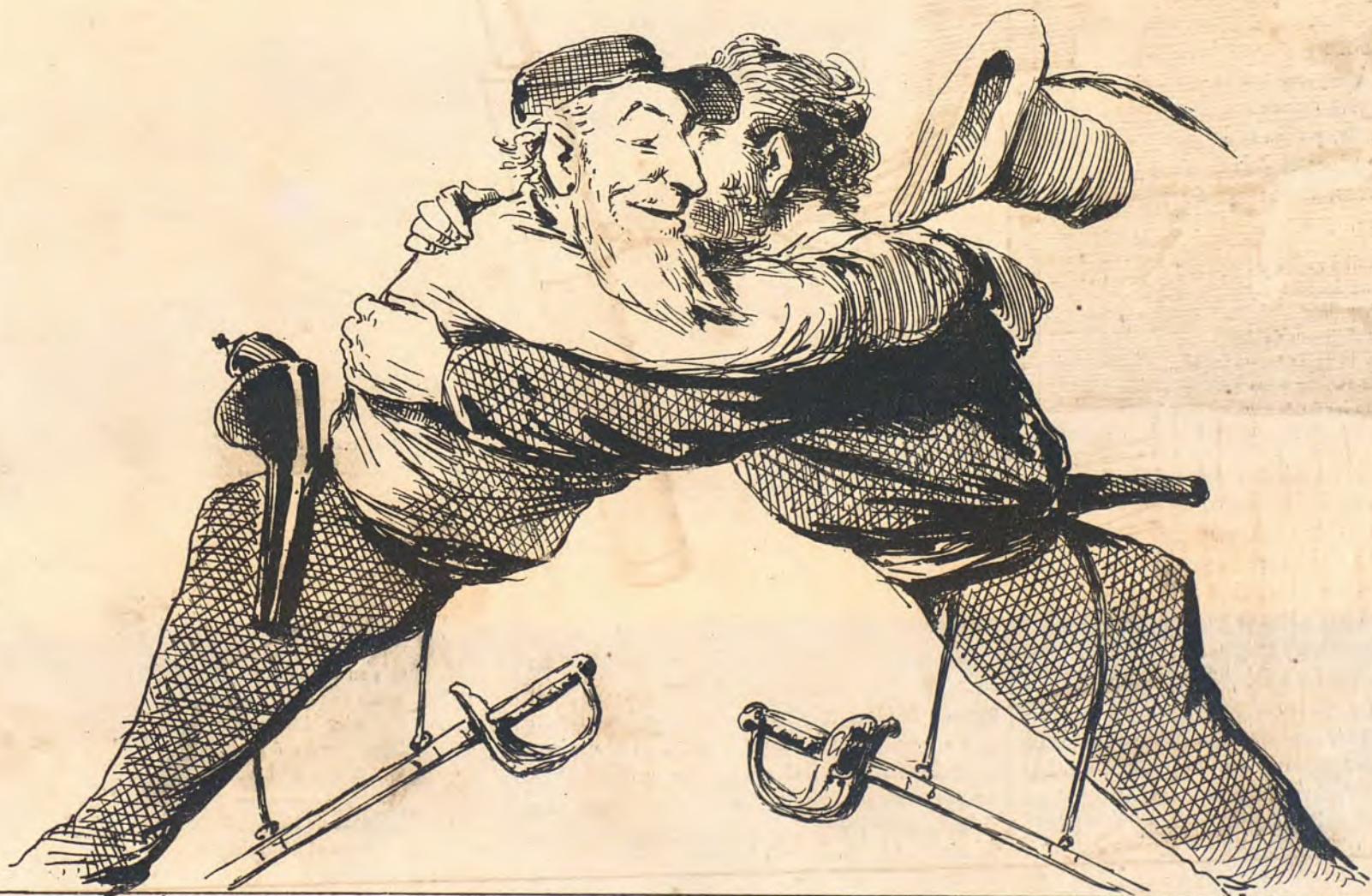
ALDAMA.— Porque ya las soltarán ellos por sí solos.



AGUILERA.—¿ Que dice esa proclama Sr. Presidente?

CESPEDES.—Que depongamos las armas.

AGUILERA.—¿ Otra deposicion?..... esa proclama es un purgante.



GOICOURIA Y RYAN,

¡ ¡ Compañeros !!

(Cuadro dedicado al Sr. Aldama, para que disponga otra expedicion.)

Litog. é Imp. del Comercio, Obispo 87.

JAVIER Y NESTOR VENDRÁN,
QUE BUENO ME HARÁN.

Por fin, el Padre Eterno de los renegados, mas conocido por Goicuría, convencido de que no le dá el naípe para la guerra, ó temeroso de que si llega á verse en el compromiso de pelear, le arrimen nuestros soldados un zurriagazo de los que á dar acostumbran, renuncia á la carrera militar y piensa dedicarse á la poesía, por ver si así le alcanza el *quidlibet audendi* de Horacio.

Es mas, no se contenta Goicuría con quitarse la faja de general, que él había tomado con su propia lincencia; no limita su abnegación á la renuncia formal del cargo de Padre Eterno, que de una manera tan gracia, pintoresca y lucrativa estaba desempeñando, sino que en el primer poema que piensa dar á luz, bajo el título que sirve de epígrafe á este artículo, ha querido seguir las huellas de San Agustín y de J. J. Rousseau, es decir, se confiesa con el reverendo público. La primera octava del indicado poema dará una idea de la sinceridad con que Goicuría trata de hacernos saber su vida y milagros. Atención y mano al botón:

«Yo soy el pecador arrepentido,
Que provocó la cólera del cielo,
Vendiéndose por miembro de un partido,
Al que solo explotar era su anhelo.
El que en río revuelto, decidido
A pescar, ya con red, ya con anzuelo,
Medró, ocultando á las personas tercas,
Sus uñas largas y sus manos puercas.»

Como se vé, no ha estado desgraciado Goicuría en la introducción; pues su primera octava se recomienda por la sencillez y buena medida de los versos, tanto como por la franqueza con que en ella se expresa el penitente. Por desgracia, se conoce que, aunque manifiesta el pobre señor mejores disposiciones para la poesía que para la guerra, debe haberse contagiado un poco con el trato de algunos *sinsontes*, porque de vez en cuando se le escapan endecasílabos de mas y de menos de once sílabas, segun puede verse en la octava segunda, que es del tenor siguiente:

Y qué, ¿salí yo solo del apuro
Armando con astucia expediciones?
Otros que hoy patriotismo ostentan puro
Se llenan y rellenan de doblones.
Pero, no ha de valerles, yo lo juro,
Su aparente candor á los bribones,
Porque á luz he de dar, verdadera,
La historia de todos ellos, y salga el sol por Antequera.

Aquí se vé, en efecto, que al padre Goicuría le tiene sin cuidado, no solamente lo que quieran hacer contra él sus correligionarios, sino lo que el mundo pueda decir de sus versos, que vive Dios, si alanteúltimo le faltó una abaya para llenar las condiciones del metro, la siguiente le sobraron muchas. ¡Demonio! Ya quisiera Céspedes tener batallones tan largos como algunos versos de Goicuría, para que, mientras la cabeza de esos batallones se apoyaba en Guáimaro, pueblo del Camagüey, las últimas compañías estuviesen prendiendo fuego á los cañaverales de Trinidad ó de Remedios.

Pero, dejando á parte las imperfecciones de la metrificación, muy naturales en un principiante, que, á su inexperiencia une la fatalidad de haberse juntado con los *sinsontes* escapados de la Enramada, lo cierto es que el poema de Goicuría ofrece ser interesante con relación al *intríngulis*, punto de visita desconocido hasta hoy en la epopeya. Esto quiere decir, y lo diremos en prueba de la imparcialidad con que procedemos en nuestros juicios críticos, que, ya que le faltan otras cualidades, el don de la originalidad no puede razonablemente negársele al Padre Goicuría.

¡Con qué dulce desfachatez declara ese hombre sus ardides, á trueque de desenmascarar á los hipócritas que todavía pasan por patriotas entre los bobos emigrados, y qué bien legitima el título de su obra, mientras descorre el velo misterioso que había sido impenetrable hasta aquí para los Aldamas! Léase la siguiente octava, y digase si nuestros elogios son exagerados.

Aunque el juego ocultar supe ladino,
La gente, con extraña antipatía,
Dió en clavarne su diente viperino,
Y en gritar: «¡nos despluma Goicuría!»
Pero yo, que algo tengo de adivino,
Henchido de entusiasmo respondía,
Corrigiendo un magnifico refrán:
«Javier y Nestor vendrán, que bueno me harán!»

Lástima es que haya el padre Goicuría soldado un excelente concepto en un verso detestable. ¡Ya, ya! El pícaro *sinsonte* que tiene la culpa de estos poéticos desmanes, merecía embarcarse y llegar con felicidad á la manigua, donde es seguro que ni las ratas van á quedar con vida dentro de poco tiempo. Afortunadamente, por el bollo de las revelaciones, se puede perdonar el coscorrón que de vez en cuando sacude el nuevo vate á las del Pindo, y allá va la prueba:

¿No se daban los miserios por muertos
Un año hará? Pues bien, los tales chicos,
Con mas fama de honrados que de expertos,
En un decir Jesus se han vuelto ricos.
Mas ya están sus enjuagues descubiertos,
Y en Nueva-York, do abundan los borricos,
Todos les consideran como plaga,
Excepto Don Miguel..... que es el que paga.

En efecto, se dice allá por Nueva-York, que el que menos de los dos nenes que han tomado á su cargo el hacer bueno á Goicuría, tiene ya en los bancos de aquella ciudad doscientos mil pesos, cosa que no me parece increíble, pues sabido es que entre los que se dedican á conspirar ocurren mucho, esos cambios de fortuna, resultando al cabo de algun tiempo que, los que algo tenian, se quedan á pedir limosna, y algunos de los que vivian en la miseria, ó poco menos, se ponen las botas.

Yo no sé lo que habrá de cierto en esos rumores; pero cuando el río suena..... y en cuanto á Goicuría, es preciso convenir en que su última octava está de tal modo ajustada á las reglas del arte, que no se diría que el autor ha tratado con *sinsontes*. La misma corrección se observa en las siguientes:

Conste, pues, que yo soy un inocente;
Fullero de costumbres, algo raras,
En parangon con la moderna gente,
Que dá de superarme pruebas claras.
Y no lo digo, á fé, porque yo intente
Meterme ya en camisa de once varas,
Pues temo que, por fin, con dura suela,
Me den un puntapié..... donde meduela.

Digolo, porque estoy muy enojado
Con esos que de probo me acreditan,
Al pensar que lo que ellos han tomado.....
A mí, que iba á cogerlo, me lo quitan.
Y pues tan sin razon me han motejado,
Los que hacen mas que yo, cuando me imitan,
Les diré las verdades del barquero,
Porque me dá la gana y porque quiero.

Bien hecho. Así serán mas cautos los laborantes que hoy estarán trinando contra Nestor Ponce, contra Javier Cisneros y contra otros aprovechados discípulos de Goicuría, y no figuraran en el número de los murmuradores, si abrigan la pretension de desbancarlos, como los referidos jóvones han logrado desbanear á su digno maestro.

Era de esperar, sin embargo, que el hombre que muestra algun arrepentimiento de la mala vida pasada, hiciese, no solo el propósito de la enmienda, sino la espontánea y completa restitucion de lo que ha malamente adquirido; pero la virtud del padre Goicuría no va tan lejos. Así lo hace ver en aquello que dice de que á él le han quitado sus discípulos lo que ellos acaban de rebañar, y todavía está mas explicito en la octava que sigue:

Tampoco mis instintos me aconsejan
Devolver ni siquiera un solo peso,
De lo que muchos, que hoy se me asemejan,
Ponderaron, acaso, con exceso.
Ya no atraparé mas, pues no me dejan;
Pero, aunque de mis faltas me confieso,
Lo que saqué al urdir expediciones,
No pienso yo soltarlo á dos tirones.

Aquí acaba el canto primero, que es lo único que un amigo ha podido copiar hasta ahora, prometiéndonos el resto de la obra, para lo cual tiene que gratificar al escribiente del autor, que es el que le ha proporcionado lo que nuestros lectores han visto.

De desear es que nuestro amigo nos remita pronto siquiera el canto segundo, que es el que contiene los retratos y proezas de Nestor y de Javier, segun lo que hasta la presente ha podido traslucirse, porque, visto el comienzo, y conocido el asunto, no hay duda que la obra de Goicuría debe ser interesante por muchos conceptos.

EL MORO MUZA.

CUBA Y ESPAÑA.

Cuba, la preciosa Antilla
Que orlada está de primores,
Con sus prados y sus flores
Y el sol que en sus campos brilla.
Cuba, la virgen sencilla
Que en América reposa,
Como una encantada Diosa
Entre las olas del mar,
Llegó por fin á probar
Una rebelion odiosa.....

Tierra de Europa ignorada
Mientras el génio divino
De Colon, el gran marino,

No descubrió su morada:
Que al ver perla tan preciada
Con veneros tan lozanos,
Dijo juntando las manos
Y el alma de amor gozosa:
«Es la tierra mas hermosa
Que vieron ojos humanos!»

Plantó en su suelo precioso
El estandarte y la cruz,
Y empezó á sembrar la luz
Con su corazon piadoso.
Vió de su tino grandioso
Los prodigios realizados;
Y lleno de los sagrados
Destellos que Dios le diera,
Bendijo por vez primera
Tesoros tan delicados.....

Mas, ¿de dónde, por ventura
Trajo Colon la bandera,
Que enarbóló en la ribera
De esta Diosa de hermosura?
¿No la sacó limpia y pura,
Brillando como el sol brilla,
De Aragon y de Castilla,
Porque á través del Atlante,
Siempre estuviera ondeante,
Libre de toda mancilla?.....

¿No fué España quien pobló,
Quien dió las luces primeras,
Con sus leyes verdaderas
A Cuba cuando la *halló*?.....
¿No fué ella, en fin, quien le dió
El ser, con que enaltecidá
Está, desde la venida
Del grande hombre á este hemisferio,
De bienes siendo un imperio
Y un mundo lleno de vida?

¿Y por qué ésta no ha de ser
Siempre de España, que ha sido
Quien siempre la ha protejido
Con su indomable poder?
¿Y quién es el Lucifer
Que quiere, en su obsecación,
Renegar de su nación
Por parecer en la historia
Lumbrera de triste gloria.
Izando extraño pendón?.....

Vive Dios! ¡cuánta osadía!
Y qué pretension tan vana,
Hacer la sangre cubana
Objeto de mercancía!.....
Pero mientras la hidalguía
De Pélayo, de Guzman,
De Padilla y de Bazan
Corra en las almas, latente,
De tanto español valiente,
Perderá el traidor su afán.

Aun las cenizas preciosas
De héroes hijos de Velarde,
Se ostentan llenas de alarde
Bajo sus tumbas gloriosas.
Y las huestes sediciosas
Que hoy destruyen con vileza
Tanta natural belleza
Que encierra Cuba en su suelo,
Sucumbirán, vive el cielo
A la española fiereza.

Céspedes, que en su ilusión
Se toma por Presidente,
De personaje *eminente*
Hacer quiso ostentacion.
Mas, en su vil presuncion,
Sus ideas libertinas,
Muestra allá entre las guarinas,
Donde la gente que le bádia,
Diz que á Salomon parodia.....
Solo en tener concubinas.

Aguilera, hombre maduro,
Que va sirviendo de estorbo,
No desperdicia ni un sorbo,
Del vino añejo mas puro.
Bien quisiera el muy perjurio,
Una pipa ó un tonel,
Para con labios de *miel*
Libar, cual marca su instinto,
Tragos del blanco y del *tinto*,
De ginebra y moscatel.

Quesada, gran general
De la cespediana gente,
Es activo y diligente.....
Para hacerse un buen caudal.....
Desde niño, muy formal
Supo las reglas del arte.....
De robar, y ni una parte
Pierde de lo que asegura,
Porque adepto ser procura
De Caco mas que de Marte.

Cavada, lugar-teniente
De Carlos Manuel, se afana,
Porque la region cubana
Quede hecha un carbon candente,
Ordenes dí de patente
Como las ha recibido.....
Para al fin ver consumido
De Cuba el vergel ameno,
Dejando todo lo bueno
A cenizas reducido.

Salomé, Hernandez, Tuñon,
Doroteo, Villamil,
Ramos, Lorda, y otros mil
Zorros de la rebelion;
Recorren, sin ton ni son,
Estas feraces campiñas,
Ya trabando sándias riñas,
Ya como liebres huyendo,
Ya quemando y destruyendo,
Ya ocupándose en rapiñas.....

Esto es aquí.—En Nueva-York
Merales Lémus y Aldama,
Por atrapar cierta fama
Gastan á mas y mejor.....
Bramosio—gordo Doctor,
Armas, Basora, Cisneros,
Cristo y demás *pordioseros*
Del sucio laborantismo,
Se rompen hoy el bautismo,
Reclutando aventureros.....

Todos sueñan todavía
En el éxito grandioso
De su obra, y hacen el oso
Por mera monomania.....
Pero, por mas que, á porfia,
Cumplan todos su misión,
Y se forjen la ilusión
De no quedarse debajo,
Sacarán de su trabajo.....
«Lo que el negro del sermon».

Pues mientras que España aliena
De sus hijos la bravura,
Conservará su honra pura
Dó quiera que el sol caliente.
Y su bandera luciente
De gualdo y rojo teñida,
Ondeará toda la vida
De Cuba en el rico suelo,
Siendo un precioso modelo,
Cuba con España unida.

J. A. Y T.

RANCHUELO, ENERO 5 DE 1870.

MALAVENTURANZAS MAMBISES.

I. Malaventurados los pobres de espíritu
que por miedo á Céspedes soltaron la mosca,
y se ven en la calle sin calzones.

II. Malaventurados los mansos que se
comprometieron, y que por no ir á la guerra
tomaron en cambio posesion de la tierra pro-
metida de la Emigracion.

III. Malaventurados los súciós de corazon
que traicionaron á sus hermanos, porque ellos
no verán nunca las heredades que no mere-
cieron, por sublevarse contra los que las ha-
bian adquirido.

IV. Malaventurados los anti-misericordio-
sos, porque difícilmente alcanzarán miseri-
cordia, ni aun de los que por seguirlos llega-
ron á ser desgraciados.

V. Malaventurados los no-pacíficos, por-
que no contaban con la guerra que les hacen
los defensores de la Integridad Nacional.

VI. Malaventurados los que lloran emi-
grados la barbaridad que cometieron, por-
que ni por Céspedes serán consolados, y mor-
rirán como Calipso.

VII. Malaventurados los que hubieron
hambre de puestos en la República, y sed de
sangre castellana, porque solo conseguirán
verter la suya.

VIII. Malaventurados los que padecen per-
secucion por los mares, porque con las caño-
neras la fiesta puede salirles más cara que á
los bufos la función de Villanueva, y á Bra-
mosio el presidirla.

Y finalmente, malaventurados todos aquellos
á quienes pescó la mala idea de conspirar y
fabricar mechas para que otros las prendiesen
fuego, y quemaron hasta la madre de los to-
mates, porque de estos es la horca como de
ellos la vergüenza, y para ambos el despre-
cio del mundo y las maldiciones de la civili-
zacion.

AVERROES.

CONTESTACION

Á LOS VOLUNTARIOS DE «COVADONGA»

Gracias, gracia, hermanos,
Que Moros y Asturianos,
Ya hermanos somos, y de serlo dimos
Pruebas mil á los picaros paneistas,
Que aquí se titularon reformistas,
Para medrar, tomándonos por primos.
¿De Cacaguá habláis? No sé por cierto
Dónde estás; más advierto
Que la cuenta se saca,
Si bien trabajó cuesta;
Pues, á decir verdad, por lo de Caca,
El punto huele á insurrección que apesta.
En efecto, la gente correndona
A quien la vtz de Covadonga espanta,
Mi presunción abona.
Pero, ¿decís que la lechuza canta?
Metamorfosis hay: esa lechuza
Que en rondar vuestra alcua
Sin duda el tiempo pierde,
Se me figura á mí, cuando lo intenta,
Que es doña Emilia C. de Villaverde,
Tenida ya por pájara de cuenta.

Lo de toros y cañas lo comprendo.
Las cañas que al incendio se escaparon,
En los Ingenios ya vánse moliendo,
Y aquellos que de toros blasonaron
Y contra España indómitos bramaron,
Están diciendo: ¡mu!, porque las leyes
De la vida, en sa ardor, precipitaron,
Y los pobres, al fin, se han vuelto bueyes.

Habláisme de la *táctica ligera*
Que conoce la chusma bandolera;
Y no extraño esa táctica empleada
Por los muy livianísimos *mambises*,
Que gritan: ¡arda Troya!, porque en nada
Rivales son de Agamenon y Ulises.
En la carrera militar sin duda
Entraron, para hacerla *verdadera*
Carrera, de sus piernas con ayuda;
Que es lo que alguna vez su dicha
Y entendiendo los cucos la palabra
A su modo y manera,
Para lo cual están en su derecho,
De la carrera militar han hecho
Todo lo que se llama *una carrera*.

Eso de presentar como cubanos
A chinos y hotentotes,
Parece como hacer juegos de manos,
En mármoles trócando los cascotes.
Mas volver blanco á un negro, no me chocea,
Porque sé que es bicoca,
Donde abogados hay de fé perversa,

Que siempre en trapisondas han andado,
Y que en Cuba han vivido y han medrado,
De hacer lo blanco negro, y vice-versa.
En cuanto á la estrellita
Sin duda fué de rabo la maldita,
Segun sus resultados, francamente;
Pero al fin se largó por Occidente
Penas á los mambises dando eternas;
Si bien creo que al cabo
Quedáronse los pobres con el rabo,
Para salir con él..... pues, entrepiernas.

Es todo lo que sé, dignos hermanos
De los de por aquí grandes arcanos.
Esto entendido, es hora, á lo que veo,
De acabar por decir lo que deseó.
Deseo que al mambí, puesto que es flojo,
Y corre bien, le deis, pero con arte,
Sacudiéndole duro, siempre en parte
Donda no es natural dejarle cojo.
Deseo que alcanceis inmensa gloria,
Honrando, así lo espero, de ese modo,
De nuestra patria la brillante historia;
Y que espanteis la picara lechuza,
Y que en todo y por todo
Conteis con vuestro hermano.....

EL MORO MUZA.

SOBREMESA.

EL MORO MUZA.—Compañeros: ¡Viva Morales de los Ríos!!

TODOS.—¡Viva!!

EL MORO MUZA.—Eso me gusta, camaradas; que haya entre nosotros la subordinación, prenda segura de la victoria, en unión de la fe que hace milagros. Dígolo, porque he dado un grito, y vosotros le habeis contestado sin preguntarme por qué lo daba, lo que prueba cuán convencidos estais de la bondad de mis sentimientos y la razon que debo tener para haber dado ese grito. Por lo mismo voy á explicar el misterio. Habeis de saber, amados compañeros, que anoche hubo una reunión en casa del Excmo. Sr. D. José Emilio de Santos, Intendente de Hacienda y que á ella tuve honra de asistir. Cantóse allí, compañeros admirablemente, pues básteos saber que el que cantó era nuestro buen compatriota el Sr. Reinés, cuya voz ha alcanzado bastante desarrollo, no ya para llenar un gran salón, sino para lucir en los mas grandes teatros conocidos.

AMURATES.—Así es, Sr. Moro; pero ese joven, no tiene solo una voz magnífica, sino inteligencia para sacar partido de ella; de modo que hoy puede figurar dignamente entre los mas aplaudidos tenores de la escuela italiana, y no me extrañará que dentro de breve tiempo, el nombre de nuestro modesto compatriota resuene, para honra de nuestro país, en todo el mundo filarmónico. Bástanos, por lo tanto, saber que Reinés cantó, para convenir con usted en que el sarao nada dejaría que desear en la parte de canto.

EL MORO MUZA.—También cantó nuestro querido amigo D. Pablo Iradier con su gracia proverbial, y excuso recomendarle mas ante los que tambien le conocen, y tocaron el piano varios artistas, unos de profesion y otros de afición, contándose entre los primeros el Sr. D. Adolfo Diaz, que ha llegado á ser una gloriosa notabilidad cubana en el indicado instrumento.

AMURATES.—Verdaderamente, señor Moro, no sé qué admirar mas en ese apreciablemto jóven, si su maestría en el piano ó su carácter complaciente, que le hace ser universalmente estimado. Todo en él es digno de elogio, yo dudo que la lucida concurrencia tenga motivos para aplaudir, tanto la música instrumental como la vocal.

En efecto; la concurrencia fué lucidísima, pues allí estaban los Exmos. Sres. generales, Clavijo, Venec y Malcampo, con sus respectivas señoras, varios títulos de Castilla y altos funcionarios, contándose entre estos el Excmo. Sr. D. Dionisio Lopez Roberts, Gobernador de la Habana, que tambien fué acompañado de su bella y simpática

ca señora, el Illmo. Sr. D. Cesáreo Fernández, Secretario del Gobierno Superior Político, el Sr. D. Francisco Camprodón, director de Loterías, etc. El dueño de la casa, despues de oír algunas piezas musicales, leyó un bonito romance que era como el discurso de apertura de la sección literaria, y en ese romance, en que al Sr. Camprodón y á mí nos trató de tal manera, que yo no puedo menos de darle las gracias mas expresivas por la parte que me toca, si bien le tributé mis aplausos por la justicia que hizo á mi querido amigo, el siempre inspirado Camprodón, nos incitó á salir á la palestra para contribuir á amenizar el sareo. Entonces llegó el Illmo. Sr. D. Cesáreo Fernández con la Gaceta Extraordinaria y el Excmo. Sr. Intendente, tomó esa Gaceta y dijo: «Señores; voy á leer noticias oficiales de grande importancia, no dudando que esta lectura será muy agradable para la escogida sociedad que hoy favorece mi casa.» Leyó, en efecto, lo mas sustancial de la referida Gaceta, y he aquí, camaradas, un extracto de las noticias que me han hecho empezar con un patriótico viva nuestra sesión de sobremesa.

AMURATES.—Hable V. señor Moro, que todos estamos pendientes de sus labios

EL MORO MUZA.—El hecho es, camaradas, que el valiente coronel D. Adolfo Morales de los Ríos dá parte, desde Holguín, de haber limpiado casi completamente de latrofacciosos aquella jurisdicción; tanto que pude ya considerarse pacificada la parte Oriental de la Isla. Setenta y tantos mambises muertos, entre ellos varios cabecillas, muchos prisioneros, entre los que tambien hay jefes; dos mil presentados, por de pronto, y el rescate de la custodia y vasos sagrados de la Parroquia Mayor de Holguín, han sido los resultados inmediatos de la jornada. Ved ahora si hay razon para gritar con el mayor entusiasmo: ¡Viva Morales de los Ríos!

TODOS.—¡Viva! ¡Viva! ¡Viva!!!

EL MORO MUZA.—Pero, amigos: para llegar á tan satisfactorio resultado, cuyas consecuencias son incalculables, el bizarro Morales de los Ríos necesitaba mandar soldados españoles; es decir, hombres que, en un clima tropical, sean capaces de andar trece leguas en una noche, y batirse para descansar de marchas tan largas y penosas. Digamos algo en obsequio de nuestros incomparables soldados, que son la mayor honra de España y la admiración del mundo, por su valor en los combates, su resistencia en las fatigas y la disciplina de que están dando ejemplo: ¡Vivan, pues, los valientes soldados del ejército español!!!

TODOS.—¡Vivan!!!

AMURATES.—Y viven los Voluntarios de toda la Isla!!!

TODOS.—¡Vivan!!!

EL MORO MUZA.—Compañeros: ese último grito, me conmueve por su patriótica intención; pero no lo consideraba necesario, porque hoy todos los Voluntarios de la Isla son verdaderos soldados, como los soldados son voluntarios; de tal modo que, para mí, el que victorea á los unos ó á los otros, á todos los comprende, y así, una vez que hoy todos los jefes que trabajan por la paz, desde el Excmo. Sr. Capitán General que dirige el conjunto de las operaciones, hasta el que manda la menú numerosa contra-guerrilla, están cumpliendo los deseos de los espíritus mas exigentes, y los soldados y voluntarios secundan de la manera mas maravillosa los planes de tan bravos y entendidos jefes, voy á dar un viva que á todos los alcanza, generales, jefes, oficiales, soldados y voluntarios, diciendo: ¡Viva el ejército español de Cuba!!!

TODOS.—¡Viva! ¡Viva! ¡Viva!!!

EL MORO MUZA.—En su última parte nos hizo saber la Gaceta que la línea telegráfica queda recompuesta y está funcionando hasta Sancti-Spíritus, lo que prueba que ya no hay en Cineo Villas fácicos suficientes, ni aun para interrumpir las comunicaciones. La reunión manifestó su contento al recibir tan gratas nuevas, y entonces, el Sr. Camprodón recitó con encantadora naturalidad su festiva y filosófica fábula titulada «El Gallo» que fué grandemente celebrada y aplaudida. Llegó mi turno, camaradas, y no teniendo á mano cosa nueva, víme precisado á leer varios epigramas de los primeros que escribí cuando contraje la rara manía de hacer versos. Como esos epigramas os son conocidos, no los repetiré; pero de ellos hay dos que he reformado últimamente, y voy á decirlos tales como son ahora, que, aunque algo dejan que desear todavía, están mas correctos que antes, son los siguientes:

I.
Una lavandera ayer,
La camisa á Juan perdió,
Quien al saberlo exclamó:
«Se ha arruinado esa mujer.
Yo no tengo otra, y es llano,
Por consecuencia precisa,
Que al perderme la camisa,
Ella pierde el parroquiano.»

II.
El matrimonio civil
Viendo, por fin, proclamado,
¡Ay, cómo hemos progresado!
Exclamó el compadre Gil.
—«Hombre, contestó Pascual,
Está bien; pero, á fe mia,
Que mas progreso seria
Declararlo criminal.»

Acto continuo, nuestro amigo el Sr. Estrella leyó una linda composición dedicada á su hija, en la cual expresa todo lo que se le puede ocurrir á quien es un buen padre y un buen poeta, siendo por esta doble razon vivamente aplaudido, y despues, el Illmo. Sr. D. Cesáreo Fernández dió lectura, con aplauso general, de un expediente poético de circunstancias, no terminado aun; pero que agrado mucho y por lo mismo deseán verle concluido las personas que ya tienen la satisfacción de conocerle. Cantó en seguida «La Confitera» el amigo Iradier, recitó el amigo Camprodón dos preciosas poesías, una seria y otra jocosa, que agradaron extraordinariamente, y hubo baile, á fin de que nada en la fiesta faltase para dejar á todos deseosos de llegar al próximo viernes, siendo los viernes los días de recepción que ha señalado el Excmo. Sr. Intendente, quien manifestó su afabilidad característica con todos, así como su bellísima Sra. hermana, que hizo los honores de la casa con la distinción que nunca debe excluir la fina franqueza en las reuniones amistosas. He dicho, amigos. ¿Sabeis vosotros alguna otra cosa de que debamos ocuparnos?

SELM.—Sabemos que la compañía de zarzuela del Sr. Gaztambide cada vez va llenando mas los deseos del público; que la Zamacois ha estado insuperable en la Galatea, que se preparan funciones á cual mas variadas é interesantes, y que tanto en esto como en todo, se ve renacer la alegría que da la confianza que todos abrigamos ya, de que ha empezado con el año nuevo una nueva era de ventura para esta tierra que ha corrido una peligrosa borrasca, producida por las infames maquinaciones de los que arruinaron se propusieron y felizmente han sido impotentes para lograrlo.

EL MORO MUZA.—Tras de la tempestad viene la calma, tras de la guerra la paz y tras de la paz la abundancia, compañeros. Felicitémonos, en efecto, de haber entrado en la era venturosa de que habla Selim, y hasta mañana.